



POLITICA EXTERIOR

La hegemonía de EE UU

Author(s): William Pfaff

Source: *Política Exterior*, Vol. 15, No. 80 (Mar. - Apr., 2001), pp. 63-70, 73-76

Published by: Estudios de Política Exterior S. A.

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/20645068>

Accessed: 04-04-2020 15:28 UTC

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



JSTOR

Estudios de Política Exterior S. A. is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Política Exterior*

La hegemonía de EE UU

William Pfaff

Liberales y conservadores mantienen vivo en EE UU el espíritu del 'wilsonismo'. En política exterior, Washington cree estar llamado a ejercer, de manera benigna, su predominio mundial. Esa actitud, sin duda, terminará provocando la oposición de otros países.

La ausencia de debate sobre política exterior durante la pasada campaña electoral en Estados Unidos fue una prueba –si es que hacía falta alguna– del consenso que existe en la materia. La principal diferencia entre los candidatos se refirió a la participación de militares estadounidenses en operaciones de reconstrucción nacional, lo cual, según Washington, incluye el actual despliegue de la OTAN en Kosovo y Bosnia. Como candidato y después como presidente, George W. Bush ha manifestado que desea la retirada de esas tropas y reservarlas para las grandes tareas de la seguridad global que, en su opinión, sólo EE UU puede llevar a cabo. Washington cree que los aliados europeos deberían hacerse responsables de los Balcanes y, además, estar disponibles para cumplir diversas funciones como auxiliares de Estados Unidos en otros lugares.

La nueva administración ha prometido reforzar y financiar más generosamente sus fuerzas armadas y desplegar un sistema nacional de defensa antimisiles. Esto último resulta polémico en EE UU, pero es tan atractivo psicológica y políticamente que, de una manera u otra, también lo habría perseguido una administración demócrata en el caso que Al Gore hubiera sido elegido presidente.

No hay duda de que Bush insistirá en algún tipo de programa de defensa antimisiles, a pesar de la oposición de Rusia y China y la hostilidad de la mayoría, si no todos, los aliados europeos. El programa será revisado para parecer menos aislacionista en sus implicaciones y menos exclusivo en sus

William Pfaff es columnista del *International Herald Tribune* y miembro del Consejo Asesor de la revista POLÍTICA EXTERIOR. Este artículo procede de la nueva edición de su libro *Barbarian sentiments*. © *Foreign Affairs*, 2001.

efectos, pero probablemente se verá acompañado de nuevas medidas militares en el espacio con el fin de proteger los sistemas de satélites estadounidenses contra todo posible ataque –una amenaza descrita por la comisión que presidió el nuevo secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, cuyo alarmista informe fue dado a conocer en enero–.

Esos proyectos se enfrentarán a alguna oposición burocrática y del Congreso debido a su coste, pero los demócratas no encuentran ninguna ventaja política intentando detenerlos, incluso muchos admiten que no se trata realmente de programas de defensa nacional, sino más bien de subsidios a la industria aeroespacial estadounidense. Las medidas de defensa nacional, aunque extravagantes e incluso caprichosas, no son combatidas abiertamente por los senadores o los congresistas, como tampoco son cuestionadas las presuntas responsabilidades globales de Estados Unidos por la opinión dominante en Washington.

Tanto bajo gobiernos republicanos como demócratas, el activismo y unilateralismo de la política exterior de EE UU desde el final de la guerra fría es el resultado de una alianza tácita surgida entre quienes se declaran “wilsonianos” liberales –principalmente vinculados a la administración Clinton–, deseosos de extender la influencia política y económica estadounidense y unir a las democracias del mundo bajo su manto, y los neoconservadores unilateralistas, que dominan el gobierno de Bush y no sólo creen en la proyección del poder de EE UU, sino que piensan que su liderazgo mundial –impuesto por la fuerza si fuera necesario– beneficia el interés propio de la comunidad internacional, así como el estadounidense. Estas perspectivas están detrás del enfoque agresivamente unilateralista del Congreso en las relaciones exteriores durante los últimos años, el cual también expresa un viejo impulso aislacionista de EE UU: el unilateralismo y el aislacionismo son dos manifestaciones de la misma sensibilidad provinciana.

Esta alianza entre ambiciones y tácticas fue responsable del programa de Bill Clinton para ampliar la OTAN y extender las operaciones aliadas “fuera de área”. La iniciativa, esencialmente unilateralista, mostró que la idea de aumentar la influencia estadounidense se ha convertido en la cuestión central del pensamiento político durante la posguerra fría en Washington. Unos prevén una ampliación de la OTAN a los antiguos Estados soviéticos, con la posible inclusión de Rusia, y continuar en Asia central hacia las fronteras de otro sistema estratégico: el del Pacífico. Esto no sólo refleja una elección política deliberada sino el inherente expansionismo de los burocratas y el poder emocional de la idea de contar con una dimensión política paralela a la globalización económica de EE UU.

Otros políticos consideran el nuevo siglo como una oportunidad para una refundación internacional del estilo de la confederación americana en el siglo XVIII de las trece primeras colonias que se convirtieron en los Estados Unidos de América. Éstos quisieran que las democracias industriales –el

mundo desarrollado o gran parte de él— formasen una nueva unión democrática de la que EE UU sería la inspiración y el líder. Esa ambición no siempre se expresa abiertamente, pero está detrás de la idea de la ex secretaria de Estado, Madeleine Albright, sobre EE UU como “la nación indispensable” que, debido a su “elevada posición”, puede escrutar horizontes que los demás no pueden ver.

Una de las primeras declaraciones de lo que sus defensores llaman el “nuevo wilsonismo” (y otros la hegemonía) fue hecha por William Kristol y Robert Kagan en un artículo publicado en *Foreign Affairs* en 1996, que fue seguido por un libro. En la edición de la pasada primavera de la revista *National Interest* recapitulaban sus tesis: “Hoy el sistema internacional no está construido en torno a un equilibrio de poder sino alrededor de la hegemonía estadounidense. Las instituciones financieras internacionales fueron diseñadas por estadounidenses y sirven a sus intereses. Las estructuras de seguridad son, sobre todo, un conjunto de alianzas lideradas por EE UU. (...) Dado que las benévolas circunstancias actuales en el mundo son el producto de nuestra influencia hegemónica, cualquier disminución de esa influencia permitirá a otros desempeñar un papel mayor en la configuración de un mundo más adecuado a sus necesidades. Si se les diera la oportunidad, países como China y Rusia diseñarían un sistema internacional muy diferente. (...) La hegemonía estadounidense, por tanto, debe sostenerse activamente, como activa fue la manera en que se consiguió. (...) EE UU no persigue una definición cerrada, egoísta, de sus intereses nacionales, sino que generalmente encuentra esos intereses en un orden internacional benévolo. En otras palabras, debido precisamente a que EE UU otorga a su política exterior un inusual alto grado de moralidad, otras naciones sienten que tienen menos que temer ante lo que de otro modo sería un poder intimidatorio”.

Otro trabajo reciente, éste de H.W. Brands, significativamente titulado *Lo que América debe al mundo* (1998), sostiene que mientras los estadounidenses “ejemplarizantes” creen que su país debería ser modelo de sociedad humana y justa, los “reivindicadores” estiman que la “peculiar obligación” de EE UU de mejorar el destino de la humanidad puede requerir la intervención y la coerción. “La naturaleza humana es demasiado recalcitrante para que el mero ejemplo tenga efectos duraderos y (...) el poder militar, aunque no necesariamente haga el bien, ciertamente puede disuadir el mal”. Joshua Muravchik, analista del conservador American Enterprise Institute de Washington, señala que las demás naciones “saben que tienen poco que temer de un EE UU moral”. En su libro *El imperativo del liderazgo estadounidense*

*EE UU encuentra
generalmente
un orden
internacional
benévolo hacia
sus intereses*

se (1996), escribe que “quizá salvo los franceses, el único pueblo adverso al liderazgo estadounidense es el estadounidense”.

Opuestos a esa visión se encuentran los que Brands llama ejemplarizantes, cuyo miembro más eminente es, sin duda, el diplomático e historiador George Kennan, quien en una entrevista en *The New York Review of Books* en 1999, observó que “el planeta nunca se regirá por un único centro de poder, cualquiera que sea su capacidad militar”. Añadió que, para los estadounidenses, “percibirnos como el centro de la ilustración política y como maestros de una gran parte del resto del mundo” es “insensato, jactancioso e indeseable”.

Se podría añadir que una apuesta estadounidense por la hegemonía fracasaría porque su objetivo, aunque “benevolente”, no sería aceptado por otros países, que lo verían como una amenaza. Así, los aliados europeos están ahora molestos por las presiones de Washington para bloquear la creación de una identidad de defensa capaz de adquirir cierta independencia respecto a la OTAN. Un ministro de Asuntos Exteriores europeo subrayó en 1999 que sus colegas de la UE consideraban que el problema más grave de sus relaciones internacionales era tratar con EE UU. En un artículo de abril de 2000 en *Le Monde*, Paul Quilès, presidente de la comisión de Defensa de la Asamblea Nacional Francesa, expresó la inquietud de esa institución y de la clase política de su país por lo que el senador Jesse Helms había manifestado durante sus reuniones con los miembros del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a principios de ese año. Helms, según Quilès, había “mantenido que los países democráticos, sobre todo EE UU, en nombre de la libertad, poseen autoridad ilimitada, no sujeta a ningún control externo, para llevar a cabo intervenciones militares”. Quilès proseguía: “Si permitimos que esas actitudes continúen, es grande el riesgo de que EE UU, al tratar de imponer su voluntad, provoque más y mayores desafíos por parte de países como Rusia y China, e incluso otros”.

Los puntos de vista de Helms no suelen representar la opinión general de los estadounidenses, pero en este caso probablemente sí lo hagan. Expresan una versión del legado wilsoniano que en su conjunto es más complejo, menos glorioso y ha tenido menos éxito del que los teóricos contemporáneos en Washington parecen creer.

El fantasma de Wilson

William McKinley fue el reticente propiciador del intervencionismo global de EE UU cuando, bajo la presión de la prensa y la opinión pública, aprovechó la explosión (sin duda accidental) del acorazado *Maine* para conquistar Cuba. Luego, porque parecía lógico, se apoderó del Puerto Rico español, la isla de Wake y Filipinas –y por añadidura Hawai, que no tenía nada que ver con España–.

Aquel nacionalista romántico, Theodore Roosevelt, por entonces subsecretario de Marina, fue el miembro de su gabinete que con más entusiasmo defendió la guerra. Roosevelt creía en las teorías sobre el poder marítimo de Alfred Thayer Mahan, quien sostenía que las colonias eran esenciales para el poderío comercial de una nación moderna; pero también porque simplemente le gustaba la guerra, y estaba convencido de que ésta sacaba lo mejor de cada nación. Roosevelt habría preferido una contienda con Alemania pero, como escribió a un amigo: “No soy exigente, e incluso tomaría España si nada mejor se ofrece”. Era un expansionista y un imperialista. No es que creyera que EE UU tenía una especial bendición que otorgar a la humanidad. El imperialismo consistía en civilizar a las razas ignorantes del mundo, una carga del hombre blanco que concernía a todas las naciones avanzadas y EE UU –sostenía– no debía dejar esa buena labor a británicos y franceses, sino que debía asumir su parte correspondiente. Eso era lo moral y “viril”.

Woodrow Wilson comenzó como un gran aislacionista, disculpándose ante Colombia por la elección de Panamá para la construcción del canal, designando al pacifista William Jennings Bryan como secretario de Estado y nombrando a políticos de poca monta como embajadores. Su preocupación inicial en política exterior fue cómo enfrentarse a las consecuencias de la revolución mexicana. Ocupó Veracruz después de una afrenta a unos marineros estadounidenses, y envió una expedición punitiva bajo el mando del general John J. Pershing, *Black Jack*, para hacer volver a México al revolucionario Pancho Villa después de una incursión de éste en territorio estadounidense. Wilson consideró el estallido de la Primera Guerra mundial como una demostración de locura europea y designó al coronel Edward House, su consejero y confidente, para que buscara una solución de compromiso.

Pero, al mismo tiempo, Wilson decía que “existen hombres demasiado orgullosos para luchar. Hay naciones tan justas que no necesitan convencer por la fuerza a otras de lo que es correcto”. Esto último demostró ser falso. Aunque apeló a favor de una “paz sin victoria” en enero de 1917, fue a la guerra en abril, después de que los alemanes extendieran su campaña submarina. Lo hizo –dijo– para librar una guerra que acabase con todas las demás, para hacer al mundo seguro para la democracia y terminar con la “política de poder”, después de lo cual EE UU marcaría el camino de un nuevo orden internacional en el que la guerra sería abolida.

Cuando se alcanzó la victoria, y con ella la oportunidad de hacer realidad sus ideas, Wilson declaró que el papel de EE UU en la contienda había sido producto de la intervención divina: “Esto es con lo que soñamos en

*Desde su
nacimiento,
EE UU sueña con
enseñar el camino
correcto al resto
del mundo*



VIOLET

El presidente Wilson en Washington, 1917

nuestro nacimiento. EE UU debe, en verdad, enseñar el camino a los demás”. Su fe se confirmó con la respuesta de los europeos a sus propuestas de paz. Cuando llegó a París para tomar parte en las negociaciones de Versalles, la multitud le aclamó con lo que un observador describió como un alborozo “sobrehumano”. Wilson declaró que el mundo se volvía hacia “Estados Unidos en busca de esas aspiraciones morales que yacen en los fundamentos de toda libertad que (...) todos sabrán que pone los derechos humanos por encima del resto de los derechos, y que su bandera no sólo es la de EE UU, sino la de la humanidad”. Agradeció a Dios que los estadounidenses no fuesen como los otros hombres.

Es difícil explicar por qué la sentimental, megalomaniaca y ahistórica visión de Wilson de la democracia mundial organizada según el ejemplo de EE UU, y dirigida por EE UU, debe continuar hoy marcando el curso general de su política exterior, tanto bajo administraciones demócratas como republicanas, y despierta entusiasmo por la hegemonía del país entre los políticos y analistas.

Las desastrosas consecuencias de este sentimentalismo durante los últimos ochenta años parecen no haber dejado rastro en los seguidores modernos de Wilson. Su ingenuidad sobre la autodeterminación nacional contribuyó a crear las condiciones en Europa central y oriental que, en los años treinta y cuarenta, provocaron la intervención de Adolf Hitler. Su influencia sobre Franklin Roosevelt le llevó a oponerse a los esfuerzos de Winston Churchill para utilizar una “política de fuerza” en Europa central y evitar así que cayese bajo control soviético en la posguerra. Fue responsable de la creencia de Roosevelt de que una nueva organización, las Naciones Unidas, resolvería los problemas geopolíticos de la posguerra. Incluso la política estadounidense en Vietnam fue una confusa amalgama de anticomunismo y sentimentalismo wilsoniano: Lyndon Johnson justificó su política exterior como un medio de dar a otros pueblos lo que “ellos quieren para sí mismos: libertad, justicia, dignidad y una vida mejor para todos”.

En las pasadas elecciones presidenciales, tanto el candidato republicano como el demócrata prometieron derrocar a los regímenes de los Estados “delincuentes”, animar a los aliados rezagados y difundir la democracia al estilo estadounidense en todos los lugares a su alcance. Difirieron sólo en cuanto al ritmo y al método. Bush se mostró el más favorable al unilateralismo de EE UU y, en apariencia, menos ambicioso respecto a una reforma universal. Puede cuestionarse si la opinión pública comparte realmente con la clase política esas extravagantes ambiciones, pero la retórica fue automática. Los políticos no conocen otra. El país es todavía rehén intelectual del megalomaniaco y pretencioso presidente-clérigo que dio a la nación estadounidense la convicción blasfema de que, como él mismo, había sido creada por Dios “para mostrar a las naciones del mundo cómo deben caminar por los senderos de la libertad”.

La infatuación del poder

Durante los primeros años del nuevo milenio, Estados Unidos seguirá siendo el país más poderoso e influyente del mundo. Es la “única superpotencia”, y su sistema económico continuará siendo el modelo más visible y de mayor influencia en la economía y el comercio. El sistema de bases globales y de alianzas integradas creado por EE UU durante los años cincuenta y sesenta en respuesta a las amenazas reales de la guerra fría fue aceptado,

por esa razón, como legítimo, incluso deseable por sus socios. No obstante, cuando desaparecieron esas amenazas, por el colapso de la Unión Soviética y la evolución de la China comunista hacia un sistema racionalmente autoritario, pero que cumple más o menos las reglas habituales de las relaciones internacionales, la política estadounidense se vio privada de lo que había sido antes su argumento cohesivo, al tiempo que perdía potencialmente su legitimidad.

De todas formas, el sistema de alianzas y compromisos se mantuvo y amplió debido a su impulso institucional y conceptual, a pesar de haber perdido una parte crucial de su justificación, con el resultado de que sostener el aparato de una política anticuada llegó a ser la política misma. Los aliados, que antes habían sido sus beneficiarios, comenzaron a percibirla como una carga.

██████████

*El desafío a la
hegemonía de
EE UU vendrá
de sociedades
igualmente
avanzadas*

Naturalmente, esto no fue así para los países ex miembros del Pacto de Varsovia, que nunca habían sido aliados de EE UU, y estaban ansiosos porque se les extendiera una garantía estadounidense, aunque Moscú ya les hubiese concedido la independencia. La historia de su proximidad a una Rusia poderosa hizo valioso un vínculo con EE UU a través de la OTAN. Pero los viejos aliados en Europa occidental y en Extremo Oriente comenzaban a percibir la presencia militar estadounidense como una potencial violación de su soberanía impuesta por razones cada vez menos obvias.

Los estadounidenses veían aumentar su confusión sobre si era necesario ampliar sus costosos compromisos globales. Así, se desarrollaron nuevas teorías sobre amenazas externas: choques de civilizaciones, ataque islámico generalizado a Occidente, terrorismo mundial, nuevos imperialismos ruso y chino, crimen internacional, tráfico de drogas. Los Estados “delincuentes” pasaron a ocupar la primera línea de quienes amenazaban a EE UU. Un rico comerciante de Arabia Saudí fue identificado como la mayor amenaza de todas. Nada de esto tenía una justificación intelectual o política convincente. Las amenazas mencionadas eran frágiles estructuras de especulaciones y escenarios catastrofistas y, algunas de ellas, como los misiles y el peligro de las drogas colombianas que, supuestamente, requerían una intervención militar indirecta, se vieron influidas por los intereses comerciales de los fabricantes de armas. Todas reflejaban el instinto natural de supervivencia de las burocracias gubernamentales de la guerra fría, cuya razón de ser había sido cuestionada.

Los aliados europeos, criticados en el pasado por no hacer lo suficiente para defenderse a sí mismos, de repente fueron objeto de acusaciones por crear una “fortaleza Europa” cuando lanzaron un proyecto de defensa común que podría debilitar la influencia estadounidense y sus privilegios

en el Viejo Continente. Su interés, perfectamente comprensible, en racionalizar y desarrollar su propia industria de defensa en lugar de comprar material estadounidense, fue criticado como un modo de minar la cooperación transatlántica.

En Asia oriental, Washington continúa insistiendo en mantener su presencia militar. La necesidad de las bases estadounidenses y las instalaciones en Japón se dieron por descontadas, a pesar de que EE UU tiene relaciones amistosas con China, con la que mantiene contactos comerciales normales, y de que considera su relación estratégica con ese país como una “asociación”. Además, está desarrollando contactos con Corea del Norte.

EE UU tiene una obligación con Taiwan, que no plantea un problema esencialmente militar, sino político. Los principales intereses estadounidenses en Asia son comerciales y económicos. Mientras, Japón, la verdadera gran potencia de la región (o la posible potencia cuando se superen las actuales dificultades políticas) gasta más de 40.000 millones de dólares anuales en una de las más avanzadas estructuras militares asiáticas (y también una de las más grandes) con un presupuesto de defensa tres veces mayor que China.

Washington no está dispuesto –o quizá es incapaz intelectual y políticamente– a revisar sus intereses estratégicos en Asia con una seria consideración del coste de la política actual. Su presencia en ese continente se defiende porque ya existe, pero ahora algunos asiáticos se preguntan si no se ha convertido en un instrumento de intimidación. Como en Europa, EE UU corre el riesgo de transformarse en esa región de un defensor bienvenido a un intruso molesto. Washington parece no entender que su poder puede convertirse en un factor desestabilizador.

Las conclusiones más certeras que se pueden hacer acerca del futuro son: que el poder hegemónico provoca oposición; las entidades políticas buscan aumentar su poder y riqueza; los vacíos de poder siempre son llenados; la maldad existe y la razón no es la que la mueve; y a lo largo de la historia, se producen rupturas imprevistas que lo cambian todo, como ocurrió con la Primera Guerra mundial.

La posición estadounidense y el sistema actual serán desafiados en el futuro. La identidad de quien tendrá éxito en ese desafío es impredecible hoy, pero está en la naturaleza del sistema hegemónico generar oposición, del mismo modo que le pasará a su eventual sustituto. Se trata de una realidad política fundamental. La dominación puede permanecer largos períodos de tiempo cuando la ejerce una civilización avanzada sobre otra más atrasada (como ocurrió en el imperio romano). El desafío a la hegemonía de EE UU vendrá de sociedades igualmente desarrolladas. También de la entropía de su sistema hegemónico, de la tendencia natural hacia la degradación de la energía.

La inversión de EE UU en su actual política –intelectual, institucional y financiera– es demasiado grande para que pueda corregirse con facilidad.

En el camino de la reforma, lo más razonable –quizá optimista– que se puede esperar hoy es una reconsideración de su papel y admitir que los planteamientos actuales puedan tener fundamentos menos sólidos de lo que se cree: una concesión a la posibilidad de los peligros que acechan.

Sin embargo, rebelarse contra la limitada hegemonía internacional que ejerce ahora EE UU es, tarde o temprano, inevitable. Se resista o no, finalmente se restablecerá por sí mismo un pluralismo de poder. Las fuerzas profundas que actúan en las relaciones políticas y culturales, incluso estratégicas, entre las naciones tenderán a ello.

Esto podría sobrevenir de una manera constructiva, que lleve hacia un sistema internacional en el que las grandes potencias reconozcan y respeten sus particularidades, busquen soluciones equitativas y promuevan un acuerdo de segundo orden (lo cual es la precisa y mutuamente aceptada definición de diferencias, esencial para cualquier discusión fructífera sobre las propias diferencias). También podría venir de la mano del conflicto y la amargura, con consecuencias impredecibles, incluso dentro de EE UU.

Lecciones de la historia

La mayoría de las naciones considera a EE UU casi invulnerable, pero ¿por qué es así? Una sociedad europea estable y aparentemente satisfecha, que disfrutaba de la economía más próspera del momento, cayó presa de la desgracia de un día para otro en 1914. En 1900, el imperio británico era “la única superpotencia”. Tenía rivales en Europa, como EE UU los tiene hoy en la UE, en Rusia y en Asia. Pero la creencia establecida hace un siglo era como la expresó Norman Angell en su *best-seller* de 1910, *La gran ilusión*, que los intereses comunes de las grandes potencias –sobre todo, los económicos– estaban tan estrechamente vinculados que las guerras ya no tenían sentido. La existencia de imperios y el patrón oro habían hecho que las economías mundiales y las finanzas internacionales estuvieran más globalizadas que hoy. El banquero polaco Ivan Bloch había afirmado lo mismo en 1899, pero llegó a la conclusión opuesta en *El futuro de la guerra*, un estudio profético que desgraciadamente predijo la catástrofe que sucedería en 1914.

Las fuerzas destructivas que iban a dominar la mayor parte del siglo XX no tenían ninguna influencia o todavía no existían en 1900. El marxismo, como movimiento político, era casi irrelevante. Lenin tenía treinta años, terminaba un período de internamiento político en Siberia y estaba a punto de ir al exilio. Hitler tenía once años. Benito Mussolini, con diecisiete, era un incipiente pacifista y socialista. El fascismo y el nazismo ni siquiera habían sido imaginados, quizá eran inimaginables.

Los imperios de Gran Bretaña, Francia, Portugal, Bélgica y Holanda dominaban Asia y África. EE UU estaba construyendo su propio imperio a partir de las posesiones españolas que había arrebatado en el Caribe y Extremo Oriente. El reinado de los Habsburgo se veía perturbado por el nacionalismo en los Balcanes, y el imperio otomano estaba en decadencia, pero todo ello parecía controlable.

El siglo XX comenzó en circunstancias de aparente seguridad más tranquilizadoras que las de hoy. Nadie en 1900 podría haber imaginado los acontecimientos que sólo catorce años después destruirían el sistema internacional y darían un golpe a la civilización occidental cuyos efectos todavía se sienten, abriendo el camino al inmenso y desconocido fenómeno político totalitario que, después de la revolución rusa de 1917 y la llegada de Hitler al poder en 1932, dominaría el mundo durante la mayor parte de ese siglo.

Tanto los responsables políticos y económicos como los académicos de entonces, sin duda, habrían descrito los años futuros en términos de continuidad de las rivalidades imperiales en un mundo dominado por Europa, de un perdurable tutelaje en sus colonias, de un sólido gobierno constitucional en Europa occidental, una firme y progresiva prosperidad, un creciente conocimiento científico volcado en beneficio de la humanidad y así sucesivamente. Todo ello resultaría una gran equivocación.

Arrogancia hegemónica

En cada etapa de la historia política existe un sistema que las elites perciben como el más avanzado, hacia el que los otros modelos están evolucionando y al que deberían imitar. Hasta 1914 fue la república representativa liberal o la monarquía constitucional, a pesar de las críticas de los socialistas utópicos y marxistas y de los ataques a la autocomplacencia y el materialismo burgués por parte de una vanguardia literaria, filosófica y religiosa.

Después de la Gran Guerra, la democracia no resurgió como un ejemplo obligatorio de gobierno hasta que la Segunda Guerra mundial y la guerra fría pusieron al descubierto el nihilismo de las alternativas. Debido a la atracción populista provocada por el ascenso de EE UU, la democracia occidental se presentó al mundo como la más auténtica y humana forma de gobierno representativo que la historia había conocido. Ha entrado en el siglo XXI, el nuevo milenio, con esa reputación intacta, pero, otra vez, como en el período anterior a 1914, se la ataca por su esterilidad espiritual.

La crisis mundial del período 1914-89 finalizó con los colapsos del nazismo y el marxismo, pero el impulso utópico subyacente en ellos no se ha agotado en EE UU, donde siempre ha sido un elemento de identidad nacional. Los europeos, después de su experiencia en el siglo pasado, se han contentado con un programa prudente y modesto para integrar sus políticas y

economías nacionales en la esperanza de que ello ponga fin a sus destructivas rivalidades del pasado. EE UU, por el contrario, ha proseguido con lo que considera su misión de reformar el mundo, una esperanza pía y bastante irrealista, convertida en política exterior.

El optimismo estadounidense sobre esa transformación mundial todavía no se ha desvanecido, y ello explica por qué EE UU, mientras se mantenga como una nación moralista, será peligrosa. El puritanismo de sus orígenes culturales fue intolerante con los pecadores e impaciente con los rodeos y la falta de prisas de Dios. EE UU espera aún con ansiedad el progreso. Su visión reformista expresa su convicción de poseer una virtud singular y una excepcionalidad nacional, lo que, por feliz coincidencia, refuerza sus propios intereses económicos y la extensión de su poder nacional. El riesgo de todo esto es el clásico que la historia plantea al poder: un orgullo autodestructivo conduce a lágrimas estériles.